

CULTURA

ENSAYO / MONTSERRAT CABRÉ I PAIRET

Mary Wollstonecraft, de la que se acaba de publicar 'La educación de las hijas', fue pionera del pensamiento feminista y azote de los defensores del modelo patriarcal

La hiena con enaguas

TRIBUNA

La educación de las hijas, obra de Mary Wollstonecraft que acaba de publicar El Desvelo Ediciones, no es sólo la espléndida edición de un texto antes nunca traducido al castellano —una edición muy cuidada en todos sus detalles, que hace que la relación con el libro como objeto sea muy amable—, sino que se trata además del nacimiento de una colección dedicada al ensayo, que busca incorporar en su seno de modo preferente el pensamiento feminista y la historia de las mujeres. Una decisión valiente y oportuna que no puedo más que aplaudir.

La educación de las hijas es una obra publicada en 1787, anterior por lo tanto a la gran aportación que su autora hizo al pensamiento ilustrado y a la filosofía política: *La vindicación de los derechos de la mujer* (1792), que convirtió a Mary Wollstonecraft en una alocada revolucionaria para algunos de sus contemporáneos (que la llamaban *La hiena con enaguas*) y en una mente preclara y la autora más reverenciada de la tradición feminista contemporánea.

La obra es un texto muy poco conocido y esta edición de El Desvelo es la primera traducción española que va a permitirnos entender mejor a una autora tan importante como Mary Wollstonecraft. Pero no sólo: nos permitirá también entender mejor la historia de la educación de las mujeres en relación a la historia de la reivindicación de sus derechos políticos; es decir, nos permitirá visitar la historia política del feminismo, una cuestión que retomaré más adelante.

Tengo que decir de entrada que la traducción de Cristina López González acerca de un modo ágil y elegante una prosa inglesa dieciochesca que requería un trabajo estilístico cuidadoso y de atención al detalle. Independientemente de que las especialistas, siempre maníacas en lo que concierne a su ámbito reducido de erudición, podamos encontrar alguna decisión discutible, la traductora ha realizado un trabajo excelente a la hora de actualizar —de poner no ya en lengua española, sino en lengua actual— un texto histórico que, sin ese compromiso por la cercanía, podría fácilmente haber quedado desconectado del gusto del público contemporáneo.

Este esfuerzo de acercamiento sin duda lo consolida el espléndido prólogo de Amelia Valcárcel, un prólogo que realmente nos prepara para la lectura de la obra, aportando los elementos para entenderlo y comprenderlo en el contexto cultural ilustrado y en el marco del pensamiento y de la biografía de su autora. De modo que aconsejo resistir a la tentación de leer el texto de *La educación de las hijas* antes que el prólogo, pues el ensayo introductorio verdaderamente ayuda a digerir el texto en sus facetas más llamativas, por ajenas, a lo que esperaríamos hoy de una revolucionaria que buscaba romper con el orden político patriarcal y con los reducidísimos

márgenes de libertad que la sociedad del siglo XVIII ofrecía a las mujeres.

También hay que tener en cuenta que este texto fue el legado que, como madre, Mary Wollstonecraft dejó para la educación de su propia hija, sin haberlo realmente previsto pues murió en el postparto. Una hija, Mary Wollstonecraft Shelley, autora de un puñado de novelas, pero autora, sobre todo, del mito contemporáneo más perturbador y persistente: Frankenstein. Mary Shelley solía sentarse en la tumba de su madre para leer, siguiendo el consejo que su madre propugnaba:

«En una situación acomodada, una



Tumba de Mary Shelley, hija de Mary Wollstonecraft Godwin.

mente culta es necesaria para que una mujer esté satisfecha; en una situación de penuria, es su único consuelo. Una mujer sensata y delicada que, por alguna extraña casualidad o error, se vea unida a un tonto o a un bruto, ha de ser desdichada hasta niveles indescriptibles si sus miras se reducen a la situación presente. Cuán importante es, pues, el perfeccionamiento intelectual cuando nuestro consuelo aquí y la felicidad postera dependen de ella.» (p.80)

Pero la educación de las mujeres que propugna Mary Wollstonecraft no se limita a la instrucción académica, sino que engloba muchos aspectos del desarrollo humano. Un ejemplo de ello, que además me parece muy significativo de la voluntad no ya instructora sino pedagógica de Wollstonecraft, es el fragmento que viene a continuación y que defiende la importancia de la relación con los animales en el proceso educativo; la importancia simbólica y real de reconocer y respetar al otro, a lo otro, enseñando a valorar las consecuencias de los pequeños gestos:

«Bajo este título [*La benevolencia*] puede incluirse el trato a los animales. Muchos niños los tiranizan impunemente y encuentran entretenimiento en atormentar o matar gratuitamente a todo insecto que se cruce en su camino, aunque no les haga ningún daño. Estoy convencida de que, si se les contaran historias sobre animales y se les guiara para interesarse en su bienestar y ocupaciones, los niños serían delicados con ellos; ahora piensan que el hombre es el único elemento importante de la creación. En una ocasión impedí que una niña matara hormigas por diversión adaptando a su entendimiento el relato sobre ellas escrito por el señor Addison. A partir de entonces, siempre tuvo cuidado de no pisarlas, no fuera a afligir a toda la comunidad.» (p.97).

Manual de conducta femenina

Con *La educación de las hijas*, Mary Wollstonecraft se engarza en una tradición muy antigua de manuales de conducta femenina, textos que ofrecían consejos concretos para la educación de las mujeres y que incluían una amplísima gama de temas: desde la instrucción

márgenes de libertad en una vida individual. Buscaban posibilidades no suicidas para las mujeres dentro del mundo, tal cual existía, sin romper con las bases estructurales del orden patriarcal. Bases estructurales del orden patriarcal que, por supuesto, sí desmantelaban directamente en sus tratados más vinculados a la filosofía política, tratados que han fascinado al pensamiento feminista posterior que, sin embargo, ha tendido a olvidar esos manuales destinados a desarrollar y transformar biografías concretas, consejos posibilistas, podríamos decir, como los que Mary Wollstonecraft ofreció en *La educación de las hijas*.

Al escribir este pequeño tratado para la educación femenina, Mary Wollstonecraft nunca deja de señalar que, si el nivel de libertad entre hombres y mujeres no es el mismo, no lo es tampoco su grado de responsabilidad. Por ejemplo, Mary ofrece, en relación a la problemática del adorno, que ha preocupado a filósofos y moralistas desde la Grecia clásica, la siguiente observación:

«Hay aproximadamente la misma cantidad de hombres coquetos que de mujeres coquetas, pero aquéllos son una plaga mucho más perjudicial para la sociedad, puesto que su ámbito de actuación es mayor y sufren menos la censura del mundo. Un silencioso suspiro, una mirada baja y las otras muchas artimañas empleadas pueden provocar un inmenso dolor a una mujer sincera e ingenua, aunque ésta no pueda sentirse molesta ni quejarse por el agravio.» (p.73).

Sujetos de conocimiento

Pero quizá el fragmento que resume mejor la visión, el objetivo al que sirve la autora, es la reflexión que coloca justamente al final de su obra. Una reflexión que Mary Wollstonecraft hace con una impronta claramente moral y utilizando metáforas de la tradición cristiana pero que, si la actualizamos a nuestro lenguaje, podemos decir que contiene una apuesta radical y políticamente transformadora: convertir a las mujeres en sujeto de conocimiento, no sólo en objeto del conocimiento ajeno:

«Hablamos de entretenimientos que enderezan la mente, y así debieran ser; pero incluso en las horas de esparcimiento adquirimos hábitos. Una mente habituada a observar nunca puede estar parada y aprovechará para perfeccionarse en toda ocasión. Nuestras actividades y placeres deberían tener la misma tendencia, y todo debería concurrir para prepararnos para un estado de pureza y felicidad. Allí el vicio y la necesidad no envenenarán nuestros placeres, se ampliarán nuestras facultades y no confundirán sus aspiraciones; ya no veremos como por espejo, en obscuridad, sino que conoceremos como somos conocidos.» (p.105).

Y ya para terminar, además de reiterar agradecimiento y felicitaciones, quiero desearle al libro el éxito que merece y larga vida en esta comunidad de lectura en la que ingresa. Y puesta a desear, deseo también que esa larga vida sea menos azarosa que la que tuvo su autora, a quien sus numerosos críticos no dejaron de difamar. Doscientos años hemos necesitado para poder reconocer a Mary Wollstonecraft, con toda normalidad, como una gran pensadora a quien debemos la formulación de una parte importante de las bases fundamentales de nuestra democracia.

Montserrat Cabré i Pairet es doctora en Historia Medieval por la Universidad de Barcelona y profesora titular de Historia de la Ciencia en la Universidad de Cantabria.